

# Los santuarios griegos

José Jacobo Storch de Gracia  
Universidad Complutense de Madrid

Una forma de culto en los santuarios griegos consistía en la celebración de unos *agones* o “Juegos” en los cuales no solamente se desarrollaban pruebas deportivas, pues también tenían lugar certámenes teatrales y musicales. En el mundo griego antiguo se celebraban, además de los conocidos Juegos Olímpicos, otras competiciones deportivas en otros tantos santuarios: juegos pítricos (Delfos), nemeos (Nemea) y panatenaicos (Atenas), por señalar los más conocidos e importantes. Las pruebas deportivas se realizaban como parte del ritual de culto y, aunque con el tiempo se convirtieron en un atractivo “turístico” y ciudadano en sí mismas, nunca dejaron de tener esa conexión con la religión griega. En una historia caracterizada por un desarrollo independiente de la *polis*, estos eventos deportivos y su escenario eran una ocasión ideal para que los griegos tomaran conciencia de su identidad cultural, pues los santuarios eran muy concurridos y los vencedores en las distintas pruebas eran celebrados con un fervor popular similar al que rodea las modernas competiciones: la victoria de un ciudadano lo era también de su ciudad y ésta se encargaba de conmemorarla con fiestas, inscripciones, estatuas y composiciones literarias “especializadas”, los *epinicios*.

# OLIMPIA

Situado en el oeste de la península del Peloponeso, el santuario de Zeus en Olimpia está íntimamente ligado no sólo a la historia de los antiguos griegos sino también al de la cultura deportiva del mundo moderno, pues allí se enciende cada cuatro años la antorcha que inaugura la versión actual de las Olimpiadas.

Los primeros Juegos Olímpicos de la Antigüedad de los que tenemos noticia se celebraron el año 776 a.C., año en que se por primera vez se fijaron por escrito los nombres de los vencedores. Al menos desde esa fecha, y hasta que el emperador Teodosio los prohibió en el 394 d.C., no dejaron de celebrarse cada cuatro años, convirtiéndose en el eje cronológico de los griegos; éstos emplearon la numeración de las Olimpiadas para organizar y poner de acuerdo las fechas de los años en que vivían. A ellas podían acudir todos los ciudadanos griegos, pero siempre fueron mayoría los participantes del Peloponeso, de Creta, y de las islas del Sur, es decir, los ciudadanos del ámbito cultural dorio.

Olimpia llegaría con ello a convertirse en el gran santuario dórico, en el que había edificios dedicados a Hera, a Heracles y a otros dioses, entre los que ya en época arcaica destacó especialmente Zeus, quien acabaría siendo la divinidad principal del lugar. Aunque los orígenes del santuario se remontan a los inicios del segundo milenio antes de nuestra era, para los griegos fue Heracles quien dio lugar a unos juegos funerarios en honor del héroe Pelops, quien dio nombre al Peloponeso.

Olimpia era un santuario rural, pues no se encontraba en las proximidades de una ciudad; la más cercana, Elis, se convertiría en la dueña y señora del lugar, aunque los fieles que a él llegaban procedían de muy diversos sitios. El sitio sagrado se encontraba rodeado de árboles, y su recinto estaba limitado por un *témenos* o muro bajo (de no más de un metro de altura) que, más que para su defensa, servía para indicar dónde comenzaba el terreno consagrado a los dioses, dentro del cual tan sólo podían levantarse edificios de carácter religioso o relacionados con el culto, entre los cuales estaban también el hipódromo y el estadio.

El lugar de Olimpia estuvo olvidado para los griegos durante muchos siglos después del cierre de los juegos a fines del siglo IV, hasta que una expedición, organizada en 1829 – a raíz de la independencia griega, comenzada apenas dos años antes– con el objetivo de catalogar los monumentos del país, hizo mención del lugar del emplazamiento del santuario y se practicaron allí las primeras excavaciones arqueológicas, reemprendidas desde 1870 por arqueólogos alemanes.

## Una visita a Olimpia

El santuario estaba emplazado en el centro de un bosque, el *Altis*, al pie de una colina dedicada al dios Cronos. En el interior del *témenos* o límite sagrado, se conservaban el *Pelopion* y el *Hipodameion*, los dos grandes túmulos funerarios de la pareja de héroes Pelops e Hipodamia, quienes darían origen a la dinastía local en tiempos micénicos. En su honor, según cuenta Pausanias, el propio Heracles plantó allí el *cotinos*, el olivo silvestre del que se tomarán las ramas para fabricar las coronas de los vencedores olímpicos.

Uno de los primeros edificios en ser construido fue el templo de Hera, un curioso edificio mitad de piedra –el basamento y los muros de las naves hasta un metro de altura–, mitad de madera y adobe. Las columnas de madera se reemplazaron sucesivamente por otras de piedra, lo que explica el diferente aspecto de cada una de ellas, lo que aún se puede apreciar en las que se conservan. Se trata de un templo que marca el punto de inflexión de la arquitectura arcaica en el que los edificios de madera y adobe, con adornos de terracota pintada, se iban convirtiendo en obras pétreas allá en los últimos años del siglo VII a.C.

A un lado del Heraion, los llamados “tesoros” –*thesauroi*– eran unos edificios que diversas ciudades construían para guardar los objetos frágiles o de gran valor que se depositaban como ofrendas. Son edificios de tamaño reducido, casi todos construidos en el siglo VI, y que tienen fachadas y frontones de piedra, aunque todavía la cornisa era de terracota pintada.

En el centro del bosque sagrado se elevaba el altar de cenizas de Zeus, lugar donde se manifestaba este dios en un oráculo que interpretaban los sacerdotes a través del fuego –*piromancia*–. El fuego del oráculo de Zeus lo encendía el vencedor de la primera prueba del pentatlon –una carrera–, lo que ha dado lugar a la actual ceremonia de la antorcha olímpica. La acumulación a lo largo del tiempo de cenizas, huesos de animales sacrificados, cerámicas, y otros objetos arrojados al fuego formaron un montículo que llegó a alcanzar una altura de nueve metros, aunque de ello nada queda hoy día.

El templo de Zeus se convirtió en el templo dórico canónico por excelencia, el que sirvió de modelo para otros, tanto en el Peloponeso como en la Magna Grecia. Construido entre los años 470 y 457 a.C., de él se conservan el alto basamento y buena parte de las columnas caídas. De su decoración escultórica queda prácticamente todo: doce metopas y dos frontones casi intactos; en uno de éstos está representada una pelea entre los griegos lapitas y sus parientes los centauros, quienes –en las bodas de Piritoo y Deidamia– se emborracharon y secuestraron a mujeres y niños; la imagen muestra el momento álgido del enfrentamiento con los lapitas, ayudados por Teseo, y con la figura de Apolo en el centro.

El otro frontón narra la historia de Pelops y Enomao: Enomao era un rey del Peloponeso al que Poseidón regaló dos caballos invencibles; el monarca, envalentonado y soberbio, retaba a una carrera de carros a todos los pretendientes de su hija, matándoles en el momento de sobrepasarlos. Poseidón, enojado o cansado por la actitud de Enomao, decidió ayudar a Pelops –un príncipe de Lidia–, quien venció y acabó convirtiéndose en el héroe epónimo del Peloponeso. Otro héroe dorio, Heracles, fue honrado con la representación de sus doce trabajos en otras tantas metopas del templo de Zeus, hoy medianamente conservados.

En el interior de este templo se hallaba una de las “Siete Maravillas de la Antigüedad”: la estatua de Zeus hecha por Fidias. Esta estatua del famoso escultor griego, de unos 12 metros de altura, era de madera recubierta de oro, excepto las partes visibles del cuerpo, que eran de marfil. Tras la desaparición de los Juegos Olímpicos fue llevada a Bizancio, donde se quemó en el siglo VI.

Otros edificios significativos del santuario se empleaban para usos muy distintos. El *taller de Fidias*, con idénticas dimensiones que la *cella* del templo de Zeus, sirvió para que el escultor hiciese allí la estatua crisoelefantina del dios; entre sus hallazgos destacan los moldes para batir las hojas de oro con que se formaron los pliegues de su manto y un vaso con la firma de Fidias grabada con una punta afilada.

El *Leonidaion* era un enorme edificio cuadrangular, construido en el s. IV A.C., y que fue costado por un particular, Leónidas. Hizo el papel de residencia de lujo de las olimpiadas, pues en él se hospedaban los espectadores que lo podían pagar. La palestra y el gimnasio, con sus habitaciones y pórticos columnados, servían para el entrenamiento de los atletas participantes en los juegos.

La palestra tenía un patio central con habitaciones alrededor, en algunas de las cuales los atletas, antes del ejercicio, se embadurnaban el cuerpo con aceite, que luego se quitaban con la estrígila, un raspador de bronce que a la vez proporcionaba un masaje.

El hipódromo no ha dejado ningún resto visible, a excepción de la amplia llanura en que se realizaban las carreras de caballos y carros. El estadio no tenía graderíos, por lo que los asistentes a los juegos se acomodaban en unos taludes de tierra, delimitados por un bordillo. Tan sólo existía un tablado o tribuna de madera para los *hellanodikai* o jueces, y un altar sobre el que se acomodaba la sacerdotisa de Deméter, la única mujer que podía presenciar los juegos. Al estadio se accedía desde el *témenos* del santuario a través de un pasillo abovedado. En esa entrada del estadio había además estatuas, llamadas *zanes*, realizadas con el importe de las multas impuestas a aquellos atletas que hacían trampas o compraban los resultados de los juegos.

El *Filippeion* es un edificio de planta circular, un *tholos*, mandado construir por el rey de Macedonia Filipo II tras la batalla de Queronea –338 a.C.– para celebrar la “unificación de Grecia” y divinizar a toda su familia, cuyos retratos, hechos por Lisipo, estaban colocados en su interior.

Alrededor de los edificios de carácter religioso surgieron otros con una función “laica”, tales como lugares de reunión de los sacerdotes –el Pritaneo–, salas columnadas que servían para pasear a cubierto del sol y la lluvia –pórticos del Eco y del Sur–, casas de baños, o una fuente que suministraba agua corriente al santuario –el *ninfeo de Herodes Ático*–: de época romana, recibe su nombre por las esculturas de ninfas que lo adornaban y fue subvencionado por el conocido millonario griego del siglo II d.C. Y en medio de todo, llenando prácticamente el espacio libre entre los edificios, multitud de exvotos u ofrendas –trípodes, inscripciones, relieves, etc.– que recordaban el fervor de los visitantes al santuario y entre los que destacaban las estatuas erigidas en homenaje a los más famosos atletas vencedores en las Olimpiadas.

## LOS JUEGOS OLÍMPICOS

Según la tradición, los primeros juegos inaugurados por Heracles no fueron sino unas carreras de caballos, disciplina que siempre se mantendrá en los juegos y que se desarrollaba en el hipódromo. Cerámicas y esculturas de carros y aurigas nos muestran cómo debían transcurrir las carreras, al igual que ilustran las restantes competiciones atléticas. Entre éstas, las más importantes integraban el *pentatlon* –literalmente, los cinco ejercicios–, cuyo vencedor alcanzaba un enorme prestigio entre los griegos. La primera de las pruebas era el *dromos* o una carrera a todo lo largo del estadio –casi 200 metros, equivalente a la actual prueba de velocidad, los 100 metros lisos de las modernas Olimpiadas– y su vencedor era el que encendía el fuego sagrado en el altar de Zeus. Le seguía el salto de longitud o *halma*, semejante al actual triple salto, que tuvo gran aceptación en los gimnasios y palestras de toda Grecia y era practicado por jóvenes y adultos. No se sabe muy bien cómo se realizaba la prueba, a pesar de la multitud de imágenes que la representan, pues los corredores saltaban con unas pesas o *halteras* en las manos de un par de kilos de peso cada una y que obligaban al atleta a una perfecta sincronía de brazos y piernas.

El lanzamiento de disco o *discobolia*, a pesar de su artificialidad, era practicado ya por los héroes homéricos y sus representaciones dieron lugar a obras artísticas muy apreciadas, entre las que destaca especialmente el *Discóbolo* de Mirón. El *diskos* u “objeto que se lanza” acabó por dar nombre a la forma circular del objeto arrojado, tanto de piedra como de bronce, cuyo peso oscilaba entre 1,5 y 5 kg., dependiendo de la edad, peso y tamaño del atleta. El vencedor era aquel que sacaba la mejor media de cinco intentos.

El *akontismo* o lanzamiento de jabalina estaba claramente ligado al entrenamiento militar y a la caza. En su práctica, a diferencia de las pruebas modernas, el lanzador griego se valía de una correa de cuero enrollada en el *akón* y cuyo extremo se sujetaba con dos dedos. El impulso extra y el giro que adquiría la jabalina aseguraba un mayor alcance y una mejor estabilidad en su vuelo.

Su longitud también era variable, pues dependía de la talla del participante. El desarrollo del pentatlon constaba generalmente de estas cuatro pruebas. La quinta, que era la lucha, sólo se celebraba en caso de empate entre dos contrincantes, tanto si eran dos vencedores como si se trataba de dilucidar el segundo y tercer puestos. Consistía en una prueba combinada de fuerza y habilidad en la que había que derribar al contrario hasta que sus hombros o su espalda estuviese contra el suelo al menos en tres intentos.

Además del pentatlon, se realizaban otras muchas pruebas deportivas tales como carreras hoplíticas –con armas, al modo del *hoplita* o guerrero de infantería–, el pugilato o *pugné* –similar al actual boxeo–, el *pancracio* –una versión brutal de la lucha libre en la que valía todo salvo meter los dedos en los ojos o morder al contrario–, y otras menores, tales como la carrera de antorchas o las *pandemías* o carreras de mujeres, celebradas también cada cuatro años pero fuera del calendario de las Olimpiadas.

## DELFO

Para los griegos, Delfos era el centro del mundo; allí, el *omphalos* –ombbligo– señalaba el encuentro de las dos águilas que Zeus envió para averiguar cuál era el punto medio del orbe. Desde tiempos muy antiguos, en este lugar estuvo el santuario y oráculo de Gea, la diosa de la Madre Tierra, y que estaba protegido por su hija Pitón, medio mujer-medio serpiente. Según la leyenda, Apolo habría dado muerte a la serpiente Pitón, y tras cumplir un período de purificación por este asesinato, se habría establecido en Delfos entre fines del s. IX y principios del s. VIII a.C.

Situado a los pies del monte Parnaso, para los griegos éste era el santuario más importante –hasta el punto de no fundar ninguna ciudad o realizar declaraciones de guerra o firmar una alianza, entre otras muchas cuestiones de mayor o menor trascendencia, sin antes consultar al oráculo de Apolo–, por lo que decidieron evitar que dependiese de ninguna polis y lo declararon territorio libre. Diversas ciudades formaron una *anfitionía* según la cual se comprometían a defender el santuario. Los intentos de control del mismo –al que llegaban ingentes cantidades de visitantes con exvotos y donativos– por parte de Kyrrha, con los peajes exigidos a los peregrinos que llegaban desde el golfo de Itea, propiciaron las cuatro “guerras sagradas”. Tras el último de estos enfrentamientos, Filipo II, erigiéndose en jefe de los ejércitos griegos y juez de sus asuntos, aprovechó la agitada situación existente en torno a Delfos para intervenir; tras aplastar a los griegos en la batalla de Queronea, en el año 338 a.C., dio comienzo el dominio macedonio en la Hélade.

El lugar está en la pendiente de la montaña, al pie de las Fedriadas, un acantilado de caliza muy cuarteada que frecuentemente hacía desprender enormes bloques a causa de terremotos que eran interpretados como sacudidas de la tierra provocadas por Apolo. La voz de este dios de la luz y la clarividencia, emitida a través de la Pitonisa e interpretada por los sacerdotes, atrajo mucha fama y prestigio a Delfos a lo largo de toda Grecia, especialmente entre el ámbito jonio. Salvo el período inmediatamente posterior a las Guerras Médicas, en las que los sacerdotes délficos se pronunciaron a favor del predominio persa y su prestigio decayó algunos puntos, Delfos se convirtió en uno de los lugares centrales en la religión griega.

Delfos decaería, como tantos otros santuarios, a fines del siglo IV d.C. en la época de Teodosio el Grande, que prohibió cualquier culto no cristiano, y sufriría aún más con Teodosio II, que ordenó derribar todos aquellos templos que no fuesen reutilizados por los cristianos. Tras el período medieval, el lugar fue ocupado por la población de Kastri, que hubo de ser trasladada una vez que, en 1891, la Escuela Francesa de Arqueología en Atenas inició las excavaciones.

## La llegada al santuario

El peregrino que se acercaba al lugar sagrado se encontraba primero con una terraza con varios edificios: el templo de Atenea Pronaia –literalmente, la que está antes del templo–, del que sólo se conserva la plataforma. Fue destruido y reconstruido varias veces, como la mayoría de los edificios del santuario. Su tamaño era pequeño, y varios aspectos, como la presencia de equinos planos en las columnas, nos indican su origen arcaico.

El *tholos*, construido por Teodoro de Focea hacia el año 380 a.C., es quizá el edificio más representativo de Marmaria y no sabemos qué función tenía. Su interior es de orden corintio y su exterior dórico, y en sus metopas destaca la representación de temas dionisiacos. Además, dos tesoros, uno de los cuales pertenecía a la ciudad de Massalia –actual Marsella–, permitía la custodia de exvotos delicados o de alto valor.

A mitad de camino entre Marmaria y el santuario propiamente dicho, surgiendo de las entrañas del acantilado, se hallaba el manantial de Castalia, una fuente en la que los peregrinos se purificaban antes de entrar en el recinto sagrado, acto que cumplía una importante función tanto higiénica como ritual. Dentro del *témenos* había también otra fuente menor, *Kassotis*, donde la Pitia –o pitonisa– realizaba abluciones antes de hacer su predicción.

La entrada principal daba acceso a la *vía sacra*, un camino en pendiente que recorría todo el conjunto hasta el estadio, situado en la terraza superior. Varios tesoros situados a ambos lados del camino de entrada servían de escaparate para las ciudades griegas que sufragaban su construcción. Estos diminutos edificios y los exvotos que contenían mostraban no sólo el fervor de sus constructores, sino también sus rivalidades. No era raro, así, que una ciudad levantara un monumento para conmemorar su victoria sobre otra polis.

Entre las múltiples estatuas que adornaban el camino de acceso se encontraba el conocido auriga de Delfos. Esta escultura de bronce representaba a un joven que guiaba su carro tirado por cuatro caballos; actualmente sólo se conserva la figura del auriga con algunos restos de patas de caballos y parte de las riendas. La estatua fue financiada por el tirano Polizalos de Gela, un rico siciliano vencedor de los juegos píticos del 478 o 474 a.C. para conmemorar su triunfo.

De todos los tesoros, el de la isla de Sifnos destacó por los delicados relieves que lo decoraban; se trata de una representación de la Gigantomaquia –batalla entre dioses y gigantes– de hacia 525 a.C., una de las obras cumbres del relieve griego del período arcaico.

El tesoro de los atenienses, erigido hacia el 490 a.C., es el edificio mejor conservado de Delfos. Su única decoración estaba constituida por las metopas, en las que estaban representados los trabajos de Heracles y las aventuras de Teseo.



Este tesoro fue construido tras la expulsión de Hipias, último de la familia de los pisistrátidas, de la ciudad ateniense, hecho que dio paso a la democracia.

Una representación de un lobo, animal totémico de Apolo, en una estela frente al tesoro de los atenienses, recuerda cómo el lobo de Delfos salvó a Deucalión y Pirra –el matrimonio que sobrevivió a la versión griega del Diluvio Universal– mostrándoles por dónde debían subir al monte Parnaso, único lugar no afectado por la gran catástrofe. Posteriormente, también sería un lobo el que indicaría a los sacerdotes dónde se encontraba el oro del templo de Apolo que había sido robado.

En la explanada central, un laurel nos recuerda que es la planta sagrada de Apolo, con la que se fabricaba la corona que ceñía a la Pitia y cuyas hojas masticaba ésta para acceder al trance divino. A su lado, la llamada *roca de la Sibila* sirve para indicar algunos de los elementos del culto antiguo en Delfos, anterior a la llegada de Apolo: la piedra que devoró Cronos creyendo que era su hijo Zeus o las piedras que Pirra arrojaba tras sus hombros al regreso del diluvio y de las que surgían los nuevos hombres a su contacto con Gea, la madre tierra; el culto a la piedra, simbolizado por el rito de untar el *ómphalos* con aceite y cubrirlo con guirnalda de lana virgen son algunas pervivencias de aquellos tiempos remotos en la época clásica.

Otro resto del culto más antiguo del lugar es el templo de Gea, un diminuto edificio construido en piedra pero que poseía una estructura absidal típicamente arcaica. Esta construcción hoy se ve desde lo alto del llamado *muro poligonal*, un gigantesco parapeto de piedra levantado para poder formar la amplia terraza que sostiene al templo de Apolo. La pared de ese muro tiene una gran importancia, ya que sobre ella hay plasmadas unas diez mil inscripciones que servían para testimoniar ante el dios Apolo actos como la manumisión de esclavos, la donación del acta de ciudadanía, o tratados entre ciudades. A su vez, aquí se conservan los dos únicos fragmentos de escritura musical griega que han llegado hasta nuestros días. Delante de este muro se encontraba también el *pórtico de los atenienses*, regalo hecho por la ciudad de Atenas al santuario para conmemorar la victoria naval en las Guerras Médicas, y que sirvió de escaparate para mostrar el poderío de dicha ciudad en aquel tremendo episodio.

El templo de Apolo se reedificó varias veces desde el siglo VI, después de sucesivos incendios; el edificio que se puede ver hoy día corresponde a una reconstrucción del siglo IV a.C. En sus puertas podía verse inscritas varias máximas atribuidas a los siete sabios de Grecia, entre las cuales destacaba los conocidos adagios “conócete a tí mismo” y “nada en demasía”.

En el interior del templo, en su centro, se encontraba el *ádyton*, el habitáculo donde se ocultaba la Pitia, sentada sobre un trípode de bronce y separada del que pedía consejo al oráculo por una cortina, pues la pitonisa no podía ser vista. En un principio, el oráculo se hacía una vez cada siete años y a cargo de una sola Pitia, escogida entre las mujeres más virtuosas y que desde su elección debía separarse de su familia y llevar una vida recogida en el interior del recinto sagrado.

Posteriormente, la demanda hizo que hubiese un oráculo todos los años, y posteriormente, éste fue permanente. Para cumplir con las necesidades de un santuario cada vez más frecuentado existían no una, sino tres pitonisas, a las cuales se vestía de blanco con ropas de niñas. Ahora bien, no siempre Apolo se encontraba en disposición de predecir; para saber si el dios estaba conforme con cumplir su función oracular, el que demandaba los servicios del santuario pagaba una tasa, el *pélanos*, y efectuaba un sacrificio preliminar. Éste consistía en asperjar a un cabritillo con agua fría; si el animal se echaba a temblar, era señal de que Apolo estaba listo.

Las consultas se establecían según un protocolo que daba preferencia a los délficos; a continuación eran llamados los pertenecientes a la Anfitionía, seguidos por los restantes griegos y, por último, los extranjeros. Un buen número de oráculos se emitían recurriendo al vuelo de las aves, arrojando habas, dados o huesecillos en un paño y otros métodos similares. Tan sólo aquellos asuntos que los sacerdotes estimaban de cierta importancia se planteaban a la Pitia; ésta, una vez alcanzado el éxtasis inspirado por Apolo, emitía frases ininteligibles o de difícil interpretación, a veces simples ruidos, que eran interpretados por los sacerdotes, quienes se encargaban de darle una forma –versificada en endecasílabos rimados– y un contenido –generalmente ambiguo que tanto servía para decir una cosa como la contraria, de modo que el oráculo apenas se equivocaba–.

## Los Juegos Píticos

Al igual que ocurrió en el caso de Olimpia, el carácter panhelénico de Delfos se plasmó en la celebración de los Juegos Píticos. Según la leyenda, su origen es igualmente de carácter funerario; en este caso fue el propio Apolo quien estableció el certamen en recuerdo de la muerte de la serpiente Pitón. En los primeros tiempos se celebraban cada ocho años y las pruebas iniciales eran una competición lírica, de interpretación de flauta acompañada con un canto, con el tema del enfrentamiento entre Apolo y el monstruo. Desde el año 582 a.C. a las distintas competiciones musicales y literarias se les unieron unas pruebas gimnásticas y carreras de caballos. Desde entonces y cada cuatro años, se convocaba una “tregua sagrada” que, como en los Juegos Olímpicos, protegía a los participantes y los peregrinos que acudían a los Juegos Píticos en el mes de *Boucatios* —agosto-septiembre—. El premio para los vencedores consistía tan sólo en una corona de laurel y buenas dosis de gloria, tanto para ellos como para la ciudad que representaban. Como agradecimiento, éstas llenaron el santuario con multitud de ofrendas en forma de estatuas, trípodas, relieves, joyas y otros objetos de valor; por todo ello, Delfos se convirtió en un verdadero “banco” de riquezas que originó varios expolios, como el de los gálatas en el siglo III a.C., el de Nerón –quien se llevó unas 500 estatuas para adornar Roma–, o el del mismo Justiniano, quien trasladó los últimos objetos de arte que aún quedaban allí para la decoración de diferentes edificios de Bizancio.

## LA ACRÓPOLIS DE ATENAS

Literalmente “ciudad en lo alto”, la *acrópolis* por antonomasia, aquella que concentró en su interior los mejores y más conocidos ejemplos de la arquitectura griega de todos los tiempos, es la Acrópolis de Atenas. En sus inicios era una ciudadela, con su conjunto de casas edificadas que han desaparecido con el tiempo, aunque han dejado un buen número de huellas en el lecho del espolón rocoso que constituye la colina; algunos restos sitúan sus inicios en el período neolítico, a inicios del III milenio antes de nuestra era. Fue amurallada por primera vez en época micénica y aún quedan partes del trazado de estos muros, el *pelárgikon enéápylon* de los textos clásicos –“muro pelasgo de las nueve puertas”, debido a que se creía obra de los pelasgos, míticos habitantes de Grecia anteriores a la llegada de los aqueos– y que se convirtió en una reliquia de los tiempos antiguos. En el siglo VI, la Acrópolis se convirtió en la residencia y refugio de los tiranos de Atenas, por lo que buena parte de sus defensas fueron derribadas con la caída de la tiranía. A principios del s. V, con motivo de la guerra contra los persas, Temístocles y Cimón construyeron las murallas que hoy circundan la roca permitiendo la defensa de la ciudad.

Tras la destrucción de Atenas por los persas en el año 479 a.C., se decidió dejar la Acrópolis sin reconstruir, para que se convirtiese en una especie de “museo” o recuerdo de los horrores de la invasión persa. Además, su función se limitó a ser la sede del santuario de la diosa Atenea, patrona de la ciudad que tomó de ella su nombre. Todo lo que hoy queda en el lugar son los edificios de la reconstrucción del s. V a.C., emprendidos por Pericles para devolver su esplendor al santuario y como muestra del predominio económico y artístico de Atenas sobre el resto de la Hélade.

La decadencia de la Acrópolis comenzó en los tiempos finales del Imperio romano, cuando se reutilizaron sus construcciones como iglesias y como residencia de la guarnición bizantina de la ciudad y su jefe militar; poco a poco, la roca sagrada recuperó su función de residencia en caso de conflicto y acabó siendo el núcleo principal de la Atenas medieval, junto con un reducido caserío a sus pies, muy lejos de lo que fue la extensión original de la ciudad en época clásica.

A partir de 1833, una vez liberada la ciudad de las manos turcas y convertida Atenas en la capital del nuevo Estado griego, las primeras labores emprendidas por las autoridades se centraron en la recuperación del recinto y el estudio de sus monumentos, convertidos desde antiguo en el modelo del genio artístico griego.

## LA ACRÓPOLIS

Al santuario se accede por medio de una rampa situada al oeste de la colina; allí estaban desde siempre los *propíleos* o entrada monumental, una estructura en forma de H que adquirió su forma en época de Pisístrato y cuyo aspecto definitivo se debe a las obras emprendidas por Pericles.

De entre los edificios de época arcaica destaca el templo de Atenea Polías, la protectora de la ciudad y titular principal del santuario. Fue reconstruido por última vez en época de Pisístrato (525 a.C.), quien ordenó poner el frontón que representa a Atenea luchando contra los gigantes.

De la misma época data los comienzos de la construcción de lo que se conoce como *Partenón I* –la primera de sus tres fases–, proyecto de templo hexástilo muy alargado, típicamente arcaico, que no se terminó, pues fue destruido por los persas en el verano del año 479 a.C., junto con toda la acrópolis, que quedó arrasada hasta los cimientos. En esa fase arcaica los muros seguían estando en el mismo sitio que los de tiempos micénicos. Tras el enfrentamiento contra los persas se decidió reconstruir sólo la muralla, para mantener las necesidades defensivas de Atenas, dejando en ruinas el resto de los edificios. Fue bajo Temístocles cuando se reconstruyó el muro norte, en tanto que Cimón se encargó de rehacer las murallas del este y el sur. Una buen número de los tambores de las columnas del Partenón I se usaron para hacer parte de la muralla.

Será ya Pericles (quien dará nombre a todo el siglo V, a pesar de que sólo ocupó el poder entre los años 461 y 431 a.C.), el que convencerá a la asamblea, a la que tenía dominada con técnicas demagógicas, para que permitiese reconstruir los edificios de la Acrópolis. Para ello contó con los ingresos de la liga ático-délica (que se había formado para combatir a los persas, y que hasta ese momento guardaba su fondo común en la isla de Delos; sin embargo, Pericles, en virtud de la preponderancia ateniense, reclamó la custodia de dicho tesoro; ello, junto a la plata proporcionada por las minas de Laurion, en el Ática, permitirían emprender un amplio programa de obras. Pericles supo comprender la importancia de la arquitectura como arma de propaganda política; de ahí su proyecto de transformación de Atenas.

Para construir la nueva acrópolis con la mayor magnificencia posible, Pericles hizo llegar a los mejores artistas del momento; de entre ellos Fidias sería nombrado *epískopos pántor*, director general de las obras de la acrópolis. El primero de los edificios fue el *Partenón*, un exvoto en honor de Atenea Partenos –la “virgen”– más que un templo propiamente dicho. El templo se hizo enteramente en mármol del Pentélico, una montaña cercana a Atenas, y se le dieron unas proporciones nunca vistas en Grecia hasta entonces: unos 70 x 30 metros. Los responsables de su erección fueron Calícrates, de la vieja escuela, e Ictinos, más joven, y que contaba con el apoyo de Fidias.

Fueron estos los personajes que concibieron un edificio en la que todo se curva para dar sensación de movilidad y lo construyeron en un tiempo récord, entre los años 447 y 438 a.C., en un estilo mixto: dórico para el exterior y jónico para una de las habitaciones interiores, además del enorme friso colocado en lo alto y el exterior del muro de la cella. Cada una de las columnas exteriores (el templo era octástilo) medía 16 metros de alto. La entrada, por su parte, se orientó hacia el este.

Se empleó otros seis años en su decoración escultórica (438-432 a.C), convertida en el paradigma de la escultura clásica: dos frontones, 92 metopas, 200 metros de friso y la gran estatua crisolelefantina –“de oro y marfil”– de Atenea Partenos, como el Zeus de Olimpia, también de la mano de Fidias. Este edificio posteriormente se convertiría en iglesia cristiana –dedicada a Nuestra Señora de Atenas–, basílica bizantina y, bajo dominio turco, en mezquita. Pese a todo, se mantendría en perfecto estado hasta el s. XVII, en el que varios ataques a la acrópolis contribuyeron a su deterioro.

Una vez acabado de construir el Partenón, dieron comienzo las obras de los Propíleos, pues el viejo edificio de Pisístrato quedó muy dañado con la invasión persa y el trasiego de las obras emprendidas por Pericles. Diseñada por el arquitecto Mnesiklés, esta incompleta entrada monumental de mármol se construyó entre los años 437 y 432 y que la Guerra del Peloponeso impidió acabar.

Con este proyecto se quería cerrar la entrada natural a la acrópolis, a la que se accedía por una rampa (que luego, en época de Calígula, sería sustituida por los escalones actuales), por medio de una espectacular disposición en forma de embudo y unas alas laterales sobresalientes que abrazarían al visitante. Este objetivo se conseguiría, pero no otros: así, por ejemplo, el proyecto inicial de Mnesiklés preveía la construcción de un edificio simétrico de dos alas dispuestas alrededor de una gran plaza. Sin embargo, en el lado sur de la entrada se encontraba el *pelárgikon*, y el arquitecto no pudo conseguir que la ciudad de Atenas, donde Pericles ya no tenía la autoridad de antes, autorizara el derribo de la reliquia micénica.

Sea como fuere, del proyecto nació un edificio que tenía una entrada de cinco huecos, y que estaba construido por fuera en estilo dórico y por dentro en estilo jónico, igual que el Partenón. En una de las alas de los Propíleos se hallaba la Pinacoteca, un “museo” que albergaba importantes pinturas, entre las que destacaba un Aquiles del artista Polignoto.

A continuación se edificó el *Erecteion*, un templo que debe su nombre a Erictonio, un dios muy antiguo del que ni los griegos sabían su origen aunque le suponían fruto de un desliz de Atenea. Es el edificio más complejo de toda la Acrópolis, a causa de una planta irregular que se debe a los múltiples lugares sagrados que albergaba el edificio (el manantial de Posidón, la tumba de Cécrops, huellas de un antiguo templo de Zeus, un altar de Hefesto, el olivo de Atenea...). Su arquitecto fue también Mnesiklés, y se construyó entre los años 421 y 415, cuando se interrumpió por causa de la Guerra del Peloponeso y se terminó en el 406. Se hizo para albergar la estatua de madera de Atenea, era el verdadero centro religioso de la Acrópolis.

En uno de sus lados se encuentra la famosa tribuna de las cariátides, esculturas de mujer que tienen el aire de las representaciones femeninas del s. VI. Muestra de la irregularidad del edificio, que se compensó con una gran profusión de detalles, es el hecho de que las cariátides se encuentran tres metros por encima del nivel del pórtico norte. Un aspecto importante a señalar es que en el Erecteión han quedado inscripciones acerca de los sueldos de los obreros de los años 409-408 que han permitido calcular el coste del edificio y saber acerca de los diferentes tipos de artesanos que intervinieron en su construcción y decoración.

En la Acrópolis había otras edificaciones de carácter menor, como el templo de Atenea Niké, que se pudo construir entre el 427 y el 426, durante una tregua de las guerras con los espartanos. Hecho a partir de un antiguo proyecto de Kalíkrates, se redujeron los planos hasta dejar el edificio en su mínima expresión: una habitación de 3,70 x 4,10 m. con cuatro columnas en dos de sus lados, un altar y un lugar para colocar la estatua de la Niké Ápteros, la Victoria “sin alas”. Alrededor del templo se colocó una barandilla con relieves, entre los cuales destaca el famosísimo de Niké atándose la sandalia, un prodigio del arte de finales del siglo V.

Otros edificios de la Acrópolis eran el templo de Ártemis Brauronia, la Calcoteca –una especie de museo de la Acrópolis, pues hacía la función de los *thesauroi* de otros santuarios, donde se guardaban armas de bronce y las ofrendas de gran valor hechas a Atenea–, los santuarios de Pandión, de Zeus Polieus y de Gea Karpófora –la Tierra “portadora de frutos”– o el *Arreforion* –sede de una serie de ritos secretos, realizados por las Arréforas o niñas dedicadas a un antiquísimo culto de la fertilidad–. Entre los edificios, multitud de exvotos ocupaban el espacio libre; aún pueden verse algunas de sus basas y el asiento labrado en la roca

para fijarlas. En la propia Acrópolis, acogidas en un museo monográfico, se han recogido aquellas ofrendas que han sobrevivido al saqueo secular, especialmente las estatuas del período arcaico –chicos o *kouroi* y doncellas o *korai*–, muchas de ellas con restos de pintura y sus característica sonrisa.

## Las Grandes Panateneas

En la Acrópolis se conservaba desde siempre el *xóanon* de Atenea, una estatua de madera que se conservaba en el destruido templo de Atenea Polías (del que sólo quedaban los cimientos, que fueron conservados); había sido sacada de allí a la llegada de los persas, y después fue alojada en una construcción provisional donde permanecería hasta la terminación del *Erecteion*. Era esta estatua a la que cada cuatro años las jóvenes de la ciudad entregaban un *peplos* o vestido confeccionado por ellas en la procesión de las Panateneas, las fiestas de la ciudad.

La procesión de las panateneas partía del Dípylon o “doble puerta”, recorriendo toda la ciudad hasta llegar al altar de Atenea, donde se hacían sacrificios (de ahí que algunas esculturas lleven animales para sacrificar, como el famoso *Moscóforo*), para posteriormente dirigirse ante la estatua de Atenea y entregarla el *peplos*.

Las fiestas de las Grandes Panateneas llevaban aparejados unos juegos de gran fama, cuyos vencedores recibían un premio: la llamada así “ánfora panatenaica” pintada y llena de aceite sagrado, obtenido del olivo de Atenea –y de algunos más–, lo que lo convertía en un sustancioso regalo. También en estas fiestas tenían lugar los espectáculos teatrales que tanta fama dieron a los clásicos griegos.

## ELEUSIS

Dieciocho kilómetros al suroeste de Atenas, en el camino hacia el istmo de Corinto y ya en las fronteras del Ática, se encuentra el santuario de Eleusis y que constituía el principal santuario ateniense. El carácter sagrado del emplazamiento ha llegado hasta hoy, ya que allí existe todavía una iglesia ortodoxa, como ocurre con tantos otros lugares sagrados precristianos.

El santuario de Eleusis tiene que ver con cultos preolímpicos vinculados a la adoración de la diosa de la tierra, que en la mitología griega se convertiría en Deméter, hermana de Zeus y cuya hija, Perséfone o Koré, fue raptada por Hades. Deméter, tras el hecho, y sin saber qué había pasado con su hija, se lanzó a su busca. Todos los que se iba encontrando temían decirle la verdad sobre el rapto de Perséfone, pero un hombre en Eleusis le confesó que había sido raptada por Hades justo delante de la gruta allí existente y que comunicaba la tierra con el inframundo, su posesión. Como recompensa, Deméter permitió la instalación allí de un santuario. Tras la “huelga” de la diosa, impidiendo que nada creciese en la tierra, el consejo de los dioses obligó a Hades a devolver a Perséfone, estableciendo que ésta pasaría un tercio del año con su madre, otro con Hades, y el último a su libre elección, en una clara alusión a las tres estaciones del clima mediterráneo.

De este modo, en Eleusis se estableció un culto de tipo telúrico, relacionado con la fecundidad, que será muy importante para los atenienses, pues ningún ciudadano completaba su biografía si cuando terminaba su adolescencia no realizaba los “ritos eleusinos”, que conllevaban una peregrinación y la realización de un ritual secreto que los atenienses no podían revelar bajo pena de muerte. Allí, las antiguas divinidades de la Tierra, ahora Deméter y Perséfone –las responsables de la fructificación de las plantas, en especial de los cereales que ellas mismas entregaron a Triptólemo para que enseñase a los hombres su cultivo– patrocinaban una procesión nocturna con antorchas y un rito iniciático en el interior de un edificio especialmente preparado, el *Telesterion*.



## Un recorrido iniciático

La mayoría de los edificios del santuario se construyeron durante el siglo IV, tras las guerras del Peloponeso, aunque los planos habían sido diseñados en época de Pericles, no pudiéndose llevar a cabo por el estallido de los enfrentamientos bélicos mencionados.

Al lado de la entrada, junto a la muralla que protegía el conjunto arquitectónico desde la época arcaica, se hallaba la fuente *Kalichoros*, necesaria para la purificación obligatoria antes de penetrar en el recinto sagrado. Los Grandes Propíleos permitían el acceso a la *vía sacra*, que pasaba delante del *Plutoneion* o gruta por donde desapareció Hades tras el rapto de Perséfone y conducía al peregrino al edificio más importante del lugar el Telesterion, templo cuadrado que constituía un verdadero bloque de columnas, dentro del cual se producía la iniciación de los jóvenes atenienses tras el desfile. Al parecer, el rito conllevaba una coronación del difunto con una corona de frutos del olivo, de la viña, etc., productos todos típicamente atenienses.

Otro aspecto a destacar son las representaciones, aparecidas en relieves y esculturas, de Deméter y su hija Perséfone. A veces se confunden estas dos divinidades, pues sus características y atributos eran muy similares, en una nueva reminiscencia de los cultos preolímpicos, caracterizados por el hecho de que las cualidades no las ostentaba un solo dios, sino un grupo de divinidades.

Junto a Deméter y Perséfone suele aparecer también asociada la figura de Triptólemo, dios niño recogido por las dos diosas, y que se encargó de enseñar las formas de cultivar a los hombres. Así, un famoso grabado del lugar, de estilo severo y tres metros de alto, representa a Deméter y Perséfone dando al niño una espiga de trigo para que enseñe su crianza a los hombres.

**Eleusis, Misterios de**, rituales sagrados de las fiestas religiosas celebrados en la antigua Grecia. Al igual que las Eleusinas, una fiesta bienal en honor de las divinidades griegas Démeter y Perséfone, su nombre procede de la ciudad de Eleusis, en Ática, cerca de Atenas. Mucho antes de que Atenas alcanzara su esplendor, el pueblo de Eleusis celebraba los misterios, que más tarde adoptó Atenas como fiesta oficial. Se conservó el sacerdocio original. La parte más importante de la fiesta, la iniciación de los participantes, tenía lugar todos los años, durante siglos, en el Telesterion, en Eleusis. Esta iniciación era el momento culminante de una serie de rituales que comenzaban en los primeros días de la primavera, con la celebración de los misterios menores, en Agra, cerca de Atenas. En esa época, los mystoe, participantes en las cuatro primeras etapas en la revelación de los misterios, contaban la leyenda de Démeter y Perséfone, llamada Coré (en griego 'la Virgen'). Los ritos de purificación también formaban parte de la ceremonia de los misterios menores.

Las ceremonias del otoño, llamadas los grandes misterios, comenzaban con el traslado de los objetos sagrados desde Eleusis a Atenas por los jóvenes conocidos como efebi. Las ceremonias incluían un discurso del sacerdote a los candidatos, la purificación en el mar, un rito de sacrificio, y una gran procesión desde Atenas hasta Eleusis, donde la iniciación tenía lugar en ceremonias secretas.

Este culto pasó de Grecia a Roma y duró el período que engloba los reinados transcurridos desde Adriano hasta Teodosio, quien lo abolió en el 381 d.C., ordenando la clausura del santuario de Eleusis. Es probable que se celebraran hasta finales del siglo IV d.C., cuando Alarico I, rey de los visigodos, destruyó Eleusis. En el emplazamiento de Eleusis, los arqueólogos actuales han encontrado los restos del Telesterion y otros edificios sagrados.

## EL SANTUARIO DE EPIDAURO

Como Eleusis, Epidauro fue un santuario que recibió la visita de mucha gente en la Antigüedad. Estaba relacionado en un principio con el culto a Maleatas, cuyas propiedades asumiría luego Apolo. Por ello, Epidauro es un santuario dedicado a Apolo Maleatas, en su aspecto de dios sanador. Junto a Apolo tuvieron gran importancia en el lugar los cultos de su hijo Asclepio (Esculapio en época romana), dios de la medicina, e Higieia, diosa de la salud. Por todos estos motivos, Epidauro se convirtió en un lugar donde todo tipo de enfermos llegaban para obtener su curación.

Por todo ello, parte del santuario se adecuó para permitir la estancia de enfermos, y su curación, que muchas veces consistía en paseos, ejercicio, audiciones musicales, baños, etc.. Nacieron así el teatro, el gimnasio, la palestra, y el *Katagogion*, el gran hotel del lugar, con 120 habitaciones.

Dentro del santuario había además un recinto sagrado donde cada enfermo que llegaba tenía que pasar una noche durante la cual Asclepio se le aparecía en sueños que luego interpretaba un sacerdote para recetar una determinada cura.

Por lo que se refiere a los edificios del lugar, destaca el templo de Asclepio (S. IV a.C.), cuyas esculturas son del escultor Timoteo, uno de los cuatro que trabajaron en el mausoleo de Halicarnaso (353-351 a.C.).

Otro edificio curioso es el *tholos* de Epidauro, hecho por Policeto el Joven (autor también del teatro de Epidauro), y cuyos sótanos formaban una especie de laberinto donde quizá se llevara a cabo algún ritual iniciático o se guardasen las serpientes del dios de la medicina. El interior de la habitación superior del tholos estaba decorado con serpientes (símbolo de Asclepio) sobre fondo negro. Por lo que a estilos se refiere, el tholos es dórico por fuera y jónico por dentro.

De todas las construcciones del lugar, indudablemente la más conocida es el teatro de Epidauro, único por su excelente estado de conservación. Tiene una forma ultrasemicircular, la orquesta es redonda (mide 20 de diámetro) y goza de una acústica ejemplar. Las gradas, por su parte, daban cabida a 12.500 espectadores, y se dividían en dos partes o *diathomai*, separadas por un pasillo que daba acceso a las mismas. Durante las representaciones, el coro se colocaba en la orquesta, en tanto que los actores se situaban en la escena.

Del resto de los edificios debe destacarse el *Buleuterion*, que luego se aprovechó para hacer el odeón romano, la palestra, con habitaciones en torno a un gran patio, y el estadio, escenario de las carreras y otros juegos menores, las *Asclepiadas*, que por Platón sabemos que comenzaron hacia el 480 a.C.

Otro aspecto a destacar es la aparición de unas 3.000 inscripciones de agradecimiento a los dioses por curaciones realizadas, así como los numerosos restos de instrumentos quirúrgicos usados por los sacerdotes-médicos para llevar a cabo diversas operaciones.

## PARA SABER MÁS:

GARCÍA ROMERO, Fernando, *Los Juegos Olímpicos y el deporte en Grecia*, Ed. AUSA, Sabadell, 1992.

VANHOVEN, Doris (ed.), *El deporte en la Grecia antigua. La génesis del olimpismo* (catálogo de la exposición), Barcelona, 1992.

YALOURIS, Nikolaos y Azanasía, *Olimpia, el museo y el santuario*, Atenas, 1989 (existen versiones en varios idiomas, al igual que de las siguientes obras, excelentemente ilustradas).

PETSAS, Fotios, *Delfos*, Atenas, 1992.

PAPATHANASSOPOULOS, Jorge, *La Acrópolis. Museo y monumentos*, Atenas, 1982.

CHARITONIDES, Angélica, *Epidauro. El santuario de Asclepios y el museo*, Atenas, 1980.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.  
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.  
This page will not be added after purchasing Win2PDF.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.  
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.  
This page will not be added after purchasing Win2PDF.